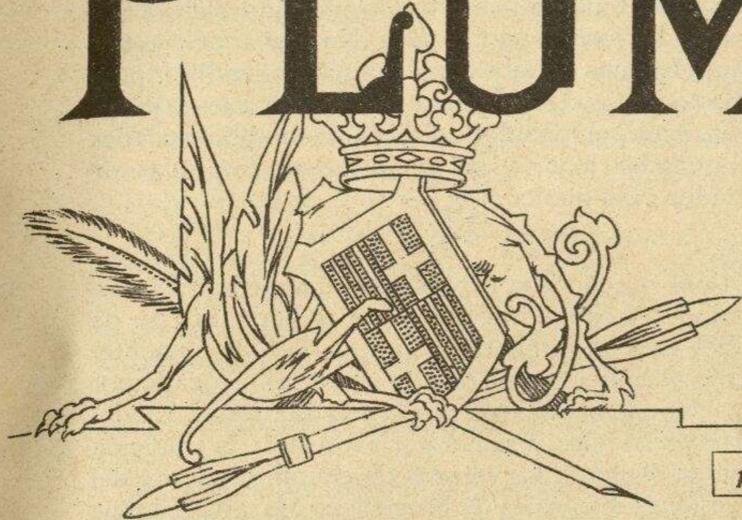


PLUMA Y LAPIZ



PERIÓDICO · LITERARIO · ILUSTRADO ·

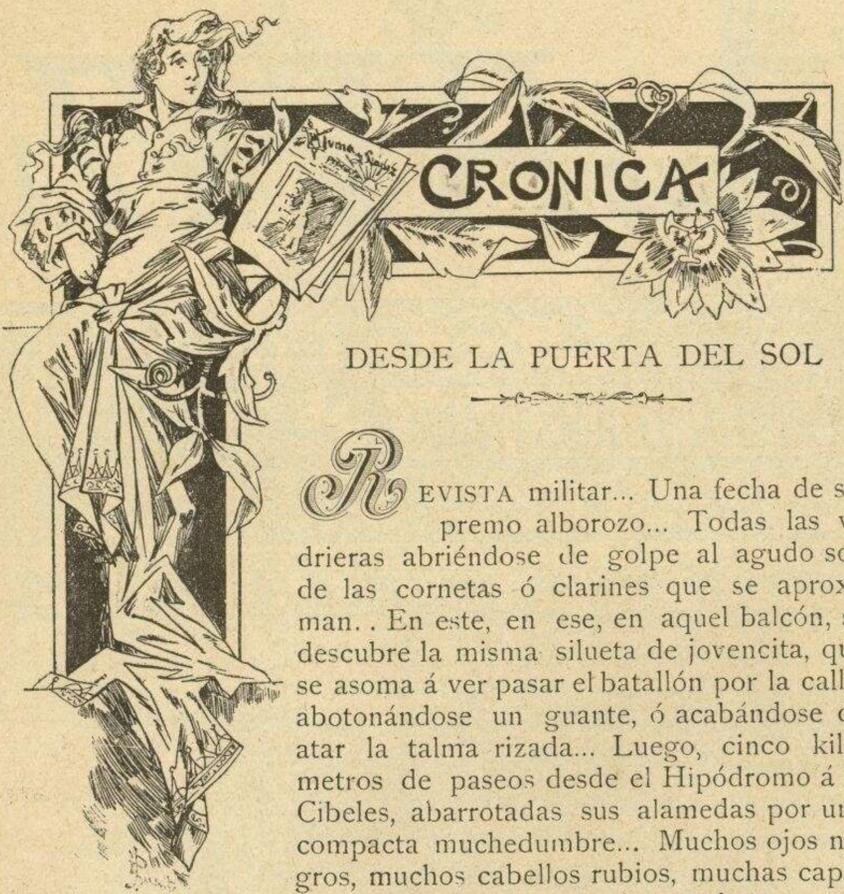
15 Cents

ADMINISTRACION-BUSQUETS HERMS - CALLE DEL OLMO Nº 8.

J. Puente



A LAS CARRERAS, POR J. PUENTE



DESDE LA PUERTA DEL SOL

REVISTA militar... Una fecha de supremo alborozo... Todas las vidrieras abriéndose de golpe al agudo son de las cornetas ó clarines que se aproximan. En este, en ese, en aquel balcón, se descubre la misma silueta de jovencita, que se asoma á ver pasar el batallón por la calle, abotonándose un guante, ó acabándose de atar la talma rizada... Luego, cinco kilómetros de paseos desde el Hipódromo á la Cibeles, abarrotadas sus alamedas por una compacta muchedumbre... Muchos ojos negros, muchos cabellos rubios, muchas capotitas de encajes con mariposas de oro, muchas faldas de volantes...

En la vía de coches, mares de tropa, el rojo de la infantería de línea, el verde de los cazadores, el grana y blanco de los ingenieros y artilleros, las banderolas nacionales de los lanceros, el celeste de los húsares... Las bandas de música llenando el aire de alegres ecos, el estruendo de los cañones arrastrados al trote, la caballería desfilando al galope... Los oficiales distraídos, desiguales: las faldas de volantes, las capotitas de encaje, los cabellos rubios, los ojos negros... Al terminar la gran parada, una multitud de corazones que sonríen, puestas en «las estrellas» sus esperanzas...

Mañana alguna boda en que el novio luce el uniforme del ejército, y, de contra, muchas cartas quemadas, muchos retratos rotos, muchas flores secas esparcidas, muchas lágrimas... ¡Alegres ecos de las bandas de música de infantería, mentís!...

* * *

Salían del ensayo... Cinco siluetas de mujer elegante, como las que hace Cilla, gallardas, esbeltas, muy recortadas de contornos, muy ceñidas, ataviadas á la última moda, con mangas de farol y faldas de vuelo... Eran bailarinas del Príncipe Alfonso, y dejaban el teatro cuestionando, hablando todas á la vez, manoteando... En aquellos ojos incisivos y llenos de malicia, hechos á dispararse á los palcos, resplandecía una honda cólera, y los rizos de un rubio químico temblaban de ira... De pronto, estalló un ruido seco y enrojé una mejilla... Una mano enguantada acababa de descargar una bofetada tremenda... Devolvió el presente la ofendida, y las cinco se enredaron en una batalla descomunal, volando por el aire sombreros, capitas y añadidos, é interviniendo la policía, que puso término á la contienda coreográfica... Ultima palabra: ¿Quién es él?

* * *

Se sienta en la Glorieta de Bilbao, en una sillita de paja, y allí permanece los días enteros, con la mano tendida, implorando una limosna... Es una viejecita muy limpia, vestida con aseo, y con una mantilla parda, prendida en la cabeza y cubriéndola el busto... Su rostro es una pura arruga; no descubre la más mínima parte de piel que no se halle cruzada por un surco... En aquella cara adivínase una tremenda senectud... Por el semblante aquel han pasado años tras años, petrificando el cutis... Por lo demás, es una pobre muy simpática y atrayente... De su cuello pende un cartelito, en el que se lee algo. Dice así: Ramona Perez. Nació en 1780... ¡Ah! Es un siglo que permanece con su desgracia á cuestras, aislado, solo, sobreviviendo á las generaciones que le han seguido, que no han podido con aquella inmortal miseria... La infeliz mujer tenía el 2 de Mayo de 1808, veintiocho primaveras... Es una testigo de la jornada contra los franceses... Es sagrada.

* * *

Todos estos días, los transeuntes que acertaban á discurrir por delante del palacio de la Diputación provincial, distinguían, delante de su fachada, perdiéndose la cabeza de la fila, portón adentro, una «cola» enorme de personas de diversas clases, desde el albañil al señorito, que esperaban algo... El sábado último, la noche sorprendió aún al cordón de gente aguardando en la calle... Eran los devotos del toreo que se disponían á comprar sus billetes para la corrida de beneficencia... La mayor parte de los taurófilos que consti-

tuían la hilera revelaban su posición en su oficio; vivían de un jornal... Aquel codiciado papelito que iban á mercarse simbolizaba quizás un sacrificio enorme, acaso los colchones empeñados; de añadidura, la adquisición del tendido había traído aparejadas dos ó tres horas de centinela; medio jornal, pero... ¡Bah! No hay atajo sin trabajo... Unas cuantas lágrimas de la mujer, un poco de hambre, pero son felices... Han visto en la clásica lidia en obsequio á los pobres, los arabescos de *Guerrita*, el matador colorista, las impetuosidades del *Espartero*, el matador león, y las majestuosas estocadas de Mazzantini, el matador diplomático...

* * *

La Sircher, la tiple ruiseñor, ha cantado en su beneficio *Sonámbula*... Fué un asombro... Los mil murmullos de agua del bosque de la alhambra reunidos en una garganta de mujer... Pero la nota interesante de la función la constituyó un duo de violoncello, tocado por la misma Sircher, acompañada al arpa por la señorita Bati... El violoncello es el instrumento dulce y suave por excelencia, la tradición le ha hecho cortesano; recuerda las veladas de chupa y casaca del pasado siglo, las sesiones musicales de Munich; es Mozart... El arpa es también tierna y sentida; su abolengo viene de la edad media; ha sonado en la cámara feudal, entre las manos de la castellana solitaria que soñaba con el paje ausente, es más romántica y poética, es la melodía anónima que ha sobrevivido á la edad de hierro...

* * *

Beneficio de Goula: *Los Hugonotes*... Y al ver yo desde la butaca aquel artista inmenso, dominándolo todo con su batuta, escudriñando materialmente en Meyerbeer, pensé en Barcelona, su patria, en su pequeña Londres erizada de chimeneas, en la ciudad de los fabricantes fanáticos por la música, rica, poderosa, trabajadora, bella, espléndida, culta, y por un momento, solo por un momento, me sentí un poco regionalista...

ALFONSO PEREZ NIEVA

LA CASA DE AUSTRIA

I
Cárlos V

Aunque me asombre ¡oh Cárlos! tu entereza,

al ver el cetro en tu inflexible mano, más me inclino á execrarte por tirano que á admirar de tu génio la grandeza.

La corona del mundo á tu cabeza pretendiste ceñir. ¡Empeño vano! El déspota, lo mismo que el gusano, muere en la cárcel que á labrarse empieza. Nuevo Wamba, del claustro entre la um-

bria: probar quisiste tu piedad austera y hasta aquella humildad fué en tí falsía. ¡Quién ¡oh César! entonces te dijera que, al enterrarte en vida, en tí moría la triste gloria de tu estirpe entera!

II
Felipe II

A falta del arrojé y de la audacia, heredó de su padre Cárlos quinto, de la torpe ambición el fiero instinto, y la artera y tortuosa diplomacia.

Asilo dando al dolo y la falacia de su pecho en el lóbrego recinto, á su inflexible cetro, en sangre tinto, la suya propia en vano pidió gracia.

Pérez, Egmont, Lanuza y Escobedo, fantasmas son que de su falsa gloria señalan su sudario con el dedo.

Esfinge impenetrable de la historia, aún hay quien le defienda con denuedo, hoy que es padrón de infamia su memoria.

III
Felipe III

Bien ha de hacer, por Dios, la edad futura ¡oh gran Philipo! si te llama el Pío, que, por mirar al cielo, tu desvío se olvida de esta tierra sin ventura.

¿Qué importa que por tí la agricultura perezca, si la fé cobra más brio,

y no se vé morisco, ni judío, ya de tus vastos reinos en la anchura?

Si ves tu augusta majestad hollada por ambiciosos, del poder sedientos, eso á tu salvación no importa nada.

Tus soldados en Flandes macilentos no cobrarán su mísera soldada; pero en cambio ¿qué falta en los conventos?

IV
Felipe I

Otros los versos que firmó escribieron, sus ministros sus reinos gobernaron, y aquellos *Rey poeta* le llamaron, y estos de *Grande* el título le dieron.

Ostentoso y galan, escasas fueron las glorias que sus armas conquistaron; mas sus triunfos de amor, á tal llegaron, que alguna vez enrojecer le hicieron.

Si el Rosellón y el Portugal señales dán de su mala estrella, en cambio abona su progenie sus yerros inmortales.

Que al fin dejó al morir, entre otros males, á un imbécil su cetro y su corona, y llena España de bastardos reales.

V
Cárlos II

Por el agua bendita saturado y por los exhorcismos consumido, más á mísero leño carcomido semeja, que á señor de un vasto estado.

De la raza que el mundo avasallado quiso tener á su poder temido, sólo la podredumbre ha recogido y vicios y lacerias ha heredado.

Fantasma de un poder y una grandeza más ficticias que reales, vino al mundo á trocar en ludibrio la realeza.

Tal abyección ejemplo es bien fecundo. ¡Estirpe real que en un tirano empieza la termina cualquier Cárlos segundo!

ANGEL R. CHAVES

LA SEÑORA DE RODRIGUEZ

CÓMO! ¿No conocen ustedes á la Sra. de Rodriguez? ¡Si parece imposible! ¡Si es más conocida que la ruda!

Comprendería yo que no conocieran ustedes á su marido porque, al fin y al cabo, *no pinta nada*; pero ¿ella?

La Sra. de Rodriguez está casada con el Sr. Rodriguez, ó mejor dicho, él es el que está casado con ella, y hasta casi me atrevería á decir que ella fué la que le casó consigo.

Fué un matrimonio de conveniencia; entiéndase bien; no de interés, sino de conveniencia. Uno y otro se necesitaban, y formaron una especie de sociedad, solo que, en vez de someter el reglamento al Gobernador civil, lo sometieron al juez y al cura.

Ella había tenido tres ó cuatro novios allá en su mocedad y los había despedido por faltas nimias. «¡A mi no hay quien me ponga la ley!» decía.

El, había sido militar, teniente eterno; por salir de la eternidad, se sublebo, no venció, emigró, y cuando volvió obtuvo un destino en un ministerio, un destino de esos que ni aumentan ni descargan los presupuestos, un cargo de esos que hay en los rincones de las oficinas, donde á veces se encuentra un hombre aseado, puntual, que escribe despacito, se está trabajando todo el día y al retirarse á casa ha escrito todo lo más un par de oficios, si le dan minuta hecha, sino nó.

Se conocieron porque la patrona económica á que él vivía sometido era amiga de ella, y los domingos por la noche había su poco de tertulia, su poquito de *treinta y una ó perejila*, y se cruzaban unos cuantos céntimos, muy pocos, y contados uno á uno.

El trato y la *treinta y una* engendraron amistad; entendámonos bien, amistad ¿eh? ¡nada de amor! y un día se determinó ella á decirle:

— Rodriguez: ¿por qué no se casa usted?

— Señora; ¿qué cosas dice usted!

— Así está V. mal. Usted necesita una señora que le cuide, que le avie la ropa, que le auxilie en caso de una enfermedad.

— Bien; pero...

— No, no quiero decir con una mujer, sino con una que haga papel de compañera, ó de hermana, ó de madre...

— Lo reconozco, ¡pero á mi edad!...

— ¡Dale bola! ¡Si no se trata de eso! ¿Cuántos años tiene usted?...

— Cincuenta.

— Pues justo y cabal: una mujer de cuarenta y dos. ¡Así como yo! Y tanto repitió el discurso la señora un día y otro, y tanto machacó, tanto porfió que, en fin, se casaron.

Por supuesto, sin amarse, como queda dicho.

De hijos, no hablemos, ni en broma.

Este matrimonio es una sociedad que caduca á los... tantos años, como las concesiones de ferrocarriles, cuando llegue el plazo; así como las líneas volverán al Estado, estos dos cónyuges volverán á la tierra, puesto que *pulvis es etc.*, etc.

Ella aportó al matrimonio orden, actividad y aseo, y el la razón social, «Los señores de Rodriguez.»

En esta sociedad, ella es accionista y él obligacionista. Es decir, que ella hace y él deja hacer, él reina y ella gobierna, pero respetándose tan cuidadosamente los preceptos constitucionales, que él apenas es conocido y en cambio á ella la conoce todo el mundo.

Item más. Donde la conocen la temen.

Asómense ustedes, como prueba, á la portería del ministerio en que él está en clase de momia, y digan en voz alta: «Ahí viene la señora de Rodriguez,» y verán huir á la desbandada empleados y porteros, como si anunciaran la llegada de una epidemia.

Del ministro abajo todos la temen.

Porque la Sra. de Rodriguez asedia al ministro para los ascensos, para las licencias anuales, para presentar las quejas de falta de consideración á su esposo, para que á Rodriguez no se le mueva, si hay marejada ministerial; para todo.

El ministro elude las entrevistas; *larga la lata*, como suele decirse, al Jefe de Negociado; este comisiona á un oficial que traslada

el encargo á un auxiliar, y acaba por ser un portero el que dice á la Sra. de Rodriguez:

— Que estan todos muy ocupados.

— Si, no tienen mala ocupación. ¡Fumar y charlar! ¿Qué? ¿no lo sé yo!

— Que diga V. lo que quiera por escrito.

— ¡Quiá! ¡Los papeles se quedan sobre las mesas! ¡Yo quiero una audiencia!

— ¡Hoy no puede ser!

— ¿Qué nó? ¡Ya lo veremos!

Y la Sra. de Rodriguez espera en la escalera hasta que sale el ministro, le acomete, le interroga, le suplica, le marea, le aturde, y el ministro, por librarse de la plaga, accede.

La Sra. de Rodriguez vuela á casa y dice con aire de triunfo, mientras se quita la mantilla: «¿No te lo decia yo? ¡Concedido!»

Cuando Rodriguez se hace un traje, su señora elije la tela y el color, ajusta el precio y explica la forma *que quiere*.

Después, el traje, con Rodriguez dentro, vuelve varias veces á casa del sastre, donde la Sra. de Rodriguez pide las necesarias rectificaciones.

— Aquí le hace una bolsa ¡bien lo vé V! ¡Hay que quitarla! En este otro lado... (A Rodriguez) ¡vuélvete!—una gran arruga, ¡mírela V! Esto es un adefesio. En este sobaco, (A Rodriguez) ¡Levanta el brazo!—le oprime, es preciso que le saque V. un dedo.

El sastre.—Señora ¿cómo le ha de oprimir si aun cabe mi mano?

Ella.—Pues le oprime.

El sastre.—No hay tal.

A todo esto Rodriguez dá media vuelta, levanta el brazo, oye decir que la ropa le aprieta en tal ó cual parte y se calla; verdaderamente ¿qué vá á decir? ¿no lo dice todo ella?

Por último, que el sastre, que es maestro en controversia, acaba por rendirse y por decir: «¡Bueno, envíeme V. la ropal!»

A veces, en los presupuestos domésticos resulta el ingreso con un déficit, porque el desnivel de la Hacienda pública es el reflejo exacto, aunque horrorosamente agrandado, del desnivel de la hacienda de un modesto hogar. Hay que recurrir á un empréstito. ¿Y quién acude? ¿Quién pide? ¿Quién busca el anticipo? ¿Quién ofrece la garantía y la firma? ¿Rodriguez? ¡No tal! ¡Su señora!

Ya digo que Rodriguez, aunque militar en su juventud, es de temperamento pacífico. No hay por lo tanto que pensar en que Rodriguez tenga arranques vehementes, ni altercados violentos con nadie, ni el riesgo de verse envuelto en la majadería tradicional del duelo. Pero, si eso ocurriera, Rodriguez no tendría que hacer otra cosa sino acudir *al terreno* y batirse. Todos los demás preliminares, de elección de sitio, hora, armas, etc., etc., correrían de cuenta de su señora, en inteligencia con los padrinos que ella eligiera.

En fin, que la Sra. de Rodriguez, lo es todo: suma y sumando; el todo y la parte; rey y ministro responsable...

¿Y qué papel —dirán ustedes—hace Rodriguez en la casa?

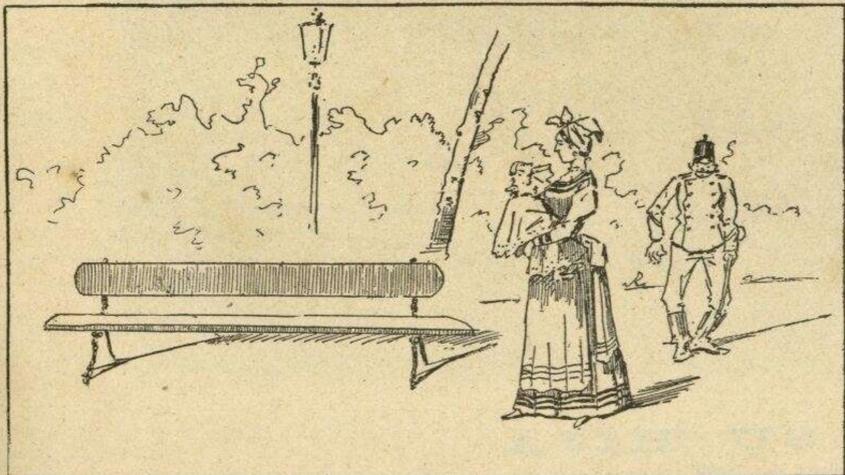
El reducidísimo papel de esposo de la Sra. de Rodriguez, una especie de racionista de la comedia doméstica.

Y gracias á ese retruécano, que viene á ser como el derecho de retracto en la ley de expropiación forzosa, Rodriguez vuelve á ser Rodriguez y á recobrar el usufructo de su apellido, no por ser tal Rodriguez, sino por ser esposo de la mujer que lleva su apellido.

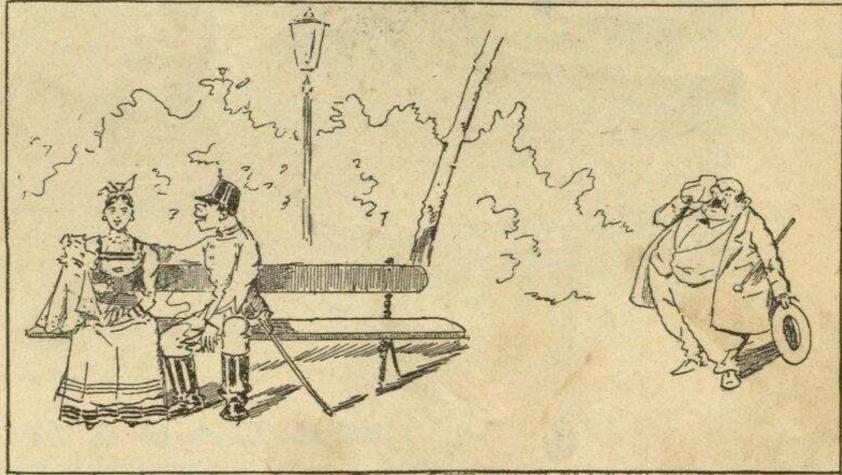
No sé si ustedes me entenderán; pero para mayor claridad basta con que ustedes se fijen en el uso y aun abuso de autoridad que ejercen algunas señoras, á las cuales comparo yo, y ellas me perdonen, con la Academia de la lengua, la cual limpia, fija y dá esplendor al idioma, pero desgastándole á fuerza de quererle sacar brillo.

MANUEL MATOSES

¡POR PEGAJOSO!



1.—¡Gracias á Dios que encuentro á la Tona! ¿Se sienta en aquel banco? Pues... ¡á abordarla, Farruco!



2.—Pues chico, me he *venio* aqui huyendo de ese pelma, y me *paice* que ya lo tengo otra vez encima.

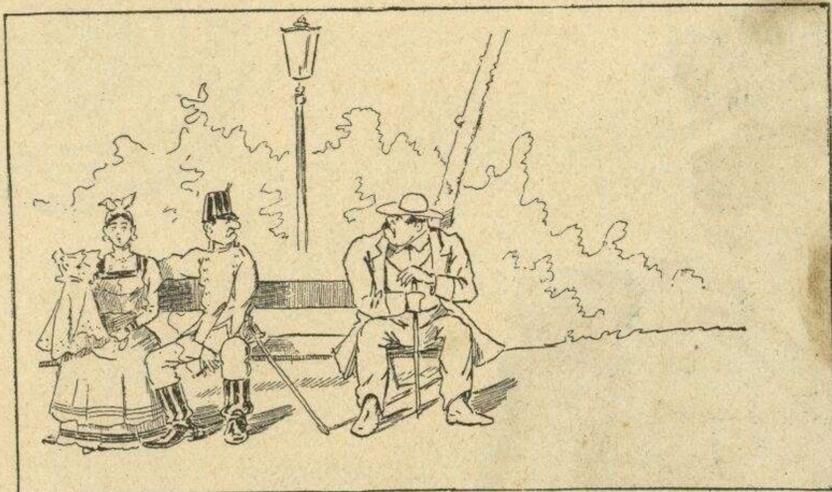


MALASAÑA Y SU HIJA
SE BATEN CONTRA LOS FRANCESES EN 1808

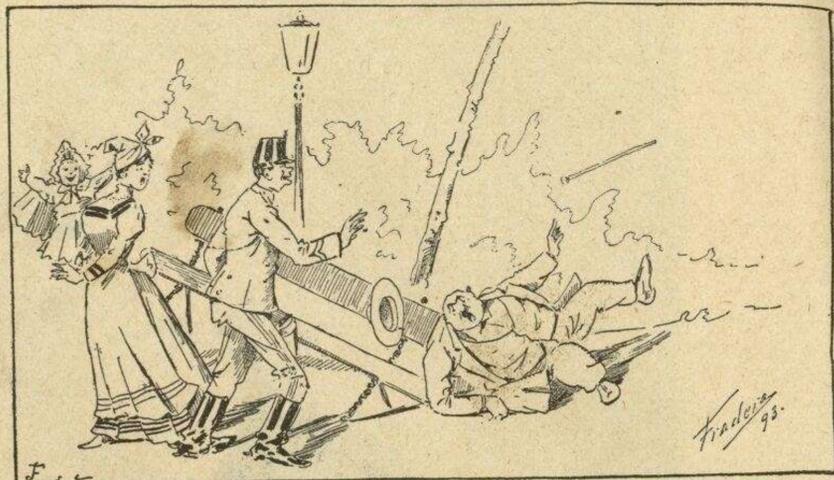


FRATERNIDAD

¡POR PEGAJOSO!



3.—¿Quieres que hagamos una cosa?
—¿Cual?
—Pues *mus alevantaremos*, porque sino le voy á dar dos *morrás* á ese paisano.



4.—*Mia tú*; ya te ha *ahorrao* el banco las dos *morrás*, Farruco...

UNO DE TANTOS

I

Son las once y media; estoy escribiendo en mi despacho cuartillas para un periódico, cuando me dice Genaro, —es un chico que me sirve hace muchísimos años,— «Pregunta por usté un joven.» —Hombre, ahora estoy ocupado... —No tiene cara de sastre, ni de zapatero... vamos, quiero decir que no viene —ó estoy muy equivocado— á pedir ninguna cuenta, porque es muy fino. —¡Acabáramos! Que pase.—Pasa y á poco, se entabla el siguiente diálogo.

II

—Usted dirá.—Soy actor, de los de la nueva norma. He sabido que usted forma para el Circo.—Sí, señor. —Pues tendría á gran merced contratarme, francamente, y me pongo enteramente á disposición de usted. Me cautivaron sus modos y su mirada expresiva. —¿Y qué género cultiva con preferencia?—¿Yo? Todos.—Dijo y estiró la nuca como asombrado de mí. —Hago lo mismo un *titi*, que me pongo la peluca. Mire usted; el otro día, —prosiguió diciendo el tipo— hice, después del Edipo, un rata de *La gran vía*. Soy cómico si los hay, y dramático de raza. Interpreto á Vital Aza, lo mismo que á Echegaray. —¿Se le murió á usted la abuela? —No y Dios la deje vivir. Y soy anfibio, es decir, que también canto zarzuela. Y como soy el sostén de empresas, salgo barato. En fin, ahí va mi retrato de cuerpo entero.—Muy bien. —Yo trasnocho; esto le pasa á todo cómico bueno. Hace ya tiempo que cenó y... fuerte, fuera de casa. —No será, pues, maravilla, que vaya á ensayo...—Eso es... una hora y media después de la marcada en tablilla. —¿Y dormido?—Claro está, —cual le pasaría á usted. Almuerzo y tomo café en el escenario.—Ya. —Hablo y enredo... Señores, ¡es mi fuerte!—¿Si?—Un extremo. Me río porque les quemo, la sangre á los directores. Y me regañan sañudos, Pero eso á mi no me apura.

¿Es el teatro por ventura, colegio de sordo mudos? Cortejo á tal cual corista... ¡Ah! Tengo vino en el cuarto... Y hallo mal todo reparto... si no soy protagonista. —¿Y estudia usted?—No señor. ¿Soy yo mozo de cordel? —¿Cómo aprende usted el papel? —¿Pues no hay un apuntador? —¿Sabe usted indumentaria? —Yo, no señor. ¡Buena es esa! ¿Para qué paga la empresa un sastre? ¡Qué extraordinaria pregunta!—Debe aprenderla. Es útil.—¡Cá!—Sí señor. —Yo no por cierto; el autor es el que debe saberla. —¿Y geografía?—Me exalta la exigencia, ¡por quien soy! Si voy á provincias, voy en el tren; no me hace falta. Todo eso huelga.—¿Si? ¡Sopla! —El arte es cuestión sencilla. *Morcilla sobre morcilla*, mucho baile, mucha copla, hacer que un autor nos haga *couplets* así... retrecheros; morder á los compañeros y á la empresa que nos paga, tener buena ropa y *fraque*, ir de vez en cuando en coche, y cenar alguna noche con el jefe de la *claque*, es bastante, lo atestiguo, para crecer y brillar. ¡Estudiar! Lo de estudiar pertenece al tiempo antiguo. Antes se estudiaba todo. Que eran torpes, lo sabemos. Hoy, los *fin de siglo*, lo hemos *arreglado de otro modo*. —A los actores, advierto que trata usted con rigor. —Todos son lo mismo.—Error; por fortuna eso no es cierto... dije, con las de Cain, pero para mi capote. Atusándose el bigote dice el pretendiente...—En fin... —Lo contrato.—Enhorabuena. Honraré á mis empresarios. —¿Sueldo?—Ocho duros diarios y la dirección de escena.

Coji, al oírlo, el tintero y... lo estampé en la pared exclamando:—Salga usted de mi casa, caballero.— ¡No he visto mayor descaro! El salió; prudente anduvo. Fui á seguirle y me contuvo esto que dijo Genaro: —¿A donde va usted? Atrás. —A pegarle aunque me cueste... —Muchos hay por ahí como este, y... que *ganan mucho más*.

RAFAEL M.^a LIERN

TUNDA DE AZOTES

Al Sr. Nosedal no le parece que el arte pueda ser la Naturaleza, y en eso claro que discurre bien; los realistas no han querido preconizar tal cosa, y, sobre todo, tan en seco. Comentando citas de Bacón y otros, viene á declarar que «el arte es la naturaleza vista á través del alma del artista», y, sin duda que el hallazgo es peregrino y nueva la deducción. Si tratase alguno, por naturalista que fuese, de trasladar la Naturaleza al libro, sin que la supiera ver á través de su alma ó su temperamento (cuestión de palabras), ya no habría arte en lo que hiciera... ni sería artista él. En lo demás del comentario (*homo additus naturae*), se equivoca como un solo Bacón, salvo el respeto que me merece su discurso ante la docta Academia, en el acto de entregar el premio Cortina al autor de «Mariana.»

* * *

Conviene hablar un poco de las *Ilustraciones*, periódicos que semejan almacenes con mucho género y muy vario, pero sin valor. Si se fuera á apreciar el arte y la literatura por lo que escriben esas revistas, ¡ya estaba fresca la *ilustración* del país!

Y si no, repásenlas ustedes; cotéjenme las firmas; adminístrense pacientemente las pócimas de sus artículos, y á ver cómo declaran que los autores harían bien en ilustrarse á sí propios, tomando maestros de gramática unos, de sentido común otros... y las disciplinas los más, para macerar el cuerpo en descargo de los muchos delitos que cometen contra el idioma. Hay pocos que no estén para asistir á las aulas.

En dichas *Ilustraciones* se encuentran críticas, versos, *artículos especiales*... y hasta novelas; pero de tal modo, que parecen verteadero de majaderías; la fiebre de la tontera nacional palpita allí. Dá una especie de pauta «La Ilustración Española», nuestro primer periódico literario, según algunos dicen. Y lo fué efectivamente en época feliz, cuando escribían Revilla y Moreno Nieto, y otros españoles de tan ilustre prosapia, literatos de legítima cepa... si bien no faltaban Cañetes entonces. No anduvo tampoco mal el primer año la *Artística*, y no le faltó fama á la *Ibérica*, merced á las firmas de Clarín, Sanchez Perez, Pardo Bazán, etc. Pero no hay bien que dure cien años, ni *Ilustración* que tenga virtud para preservar eu el buen ejemplo. Ahora, las medianías y las nulidades han asaltado los puestos que antes costaban un sentido al editor, y es inútil buscar arte, ni suficiencia, ni *sindéresis*, en esas columnas que parecen rimeros de palabras, plagados de *solecismos*... y otros ismos tan turbios como el de Panamá.

Confieso que, tiempo atrás, me prometía grandes cosas de «La Ibérica.» Era un periódico simpático, que entraba francamente, sin prejuicios, en lo moderno, en ese noble progreso de las artes, camino de la verdad. ¿Qué ha ocurrido ahí? No lo sé. Pero sí que hay quien escribe (y no es del montón en cuanto al nombre) trozos tan *cultos* como este: «Pero en poco tiempo *debe haber cambiado* mucho Alejandro I, pues su golpe de *Estado* ha *estado* muy bien *preparado*, ha *estallado* en el momento oportuno y lo ha *realizado* con gran intrepidez, dando pruebas de un ánimo sereno y *esforzado*.» Es decir, se habla del Rey de Servia, tarde y con daño, luego que no hay lector ignorante del hecho, y con tan extraña eufonía, que no puede resistirse la lectura, porque el párrafo parece una gaita desacorde. ¡Si creerán en esas *Ilustraciones* que para escribir prosa no hace falta tener oído!

Sabíamos de Melchor de Palau que se aplicaba á regenerar la poesía; pero ahora echa los ocios á la crítica, que es como si los echara á mala parte, y oficia en *La Ibérica* de crítico, él y Dios sabrán por qué; pero creo que Palau, Villegas, y otros notables, harían arrepentirse al propio Zola de haber afirmado que los críticos pueden y deben tener autoridad sobre el público para evitar que se extravíe. Me parece que Palau tiene poco de filósofo, de analista, de independiente... ni de sincero. Me falta tiempo para examinar sus razones, y paso por ellas como sobre ascuas.

*
* *

¿Y los versos? No saltan ripios, sino cantos... Hay composición que es una mole granítica, por lo dura. ¡Y se toman unas licencia, los versificadores! Cuando les faltan sílabas, estiran el renglón, colocando donde les parece, con todo el desconocimiento posible de la prosodia, dos puntos, para que la sílaba se alargue: sin duda, creen que las palabras son como las medias, que dan de sí. Del concepto no digo nada:

¡Que el amor reine! Ved ahí el misterio
que los hombres persiguen á porfía
sin que acierte á aclararlo su criterio.

Eso debería ser: que se aclarara el criterio de los directores, algunos de los cuales confunden el cuento picaresco con los artículos cómicos, y se atreverían á jurar que «El sombrero de tres picos» no podía insertarse sino en una hoja satírica... si no fuese de Alarcón. De manera que en «La Ilustración» (periódico literario) no cabe lo que no sea serio, cual si en lo cómico no hubiese arte ni literatura. Con arreglo á esta teoría, á ver cómo se exige á «La Española» el tanto de culpa por insertar artículos de Palacio y otros. Ilustración hay en que se niegan sistemáticamente derechos á todo lo que trasciende á realismo, á nuevo, á sano, só pretexto de no sé qué graciosa inmoralidad, y en cambio dá á sus lectores (engañádoles) una especie de literatura por entregas. (Exceptúo lo que corresponde á tal cual firma.)

Yo creo, pues, que es oportuno descubrir el juego á esas Ilustraciones, (*los primeros periódicos literarios*) que ocupan en la consideración general un puesto que no les corresponde (1), y que fuera serio exigir á quien dirige conocimientos, entre otras cosas, de lo que es literatura, lo que es cuento, lo que es cómico, etc., etc. En fin, lo que debe saber para ilustrar al público.

No vendrían mal unas oposiciones para poner á raya á los que andan en eso... y aunque la idea no cuajará, bueno es apuntarla. ¡Cuanto bien se haría con ello á la literatura y al arte!

J. FERNÁNDEZ LUJÁN

DESGRACIAS

I

Primero fué una nube de humo blanco,
depués, tromba de entrañas abrasadas,
y, á muy poco, el incendio parecía,
en medio de la noche azul y clara,
la llama fulgurante y poderosa
de una gigante lámpara,
que iluminaba, con fulgores rojos,
la débil luz de las estrellas pálidas.

II

Como que era un palacio lo que ardía,
enseguida se supo la desgracia;
y al poco tiempo de empezar el fuego,
ya lo veía arder el pueblo en masa.
Haciendo esfuerzos, casi sobrehumanos,
desafiando las potentes llamas,
y tostándose el cuerpo endurecido
al cruzar por las vigas abrasadas,
los héroes de siempre, consiguieron
salvar á las personas de la casa,
entre aplausos y vítores del pueblo
que, mirando á balcones y ventanas,
cada vez que veía, entre los brazos
de un héroe nuevo una figura humana,
prorrumpía en rugidos de entusiasmo,
ahogando los rugidos en las lágrimas.
Y estaba ya la gente satisfecha,
pensando en que no habría ya desgracias,
cuando, de pronto, una mujer, volviendo
del letargo en que estaba desmayada:
¡Mi hija!—gritó desde la calle—¡mi hija!
clavándose las manos en la cara,
con una voz de espanto, de esas voces
que parece que rompen las entrañas.
Esta vez no fué un ¡ay!, fué ya un rugido,
como si el mar inmenso se quejara,
el grito que le puso á aquella gente,

en tantas bocas juntas, la misma alma;
y hasta los que más cerca del incendio
huían del calor, que ya quemaba,
sintieron, al oírlo, estremecidos,
como un chorro de hielo por la espalda.
Y ¿quién la iba á salvar, si ya el palacio
era el brasero de un montón de llamas?
Pues, cuando oyó aquel grito, Juan, pen-
[sando

en un hijo á quien loco idolatraba,
cogiéndose á los hierros encendidos,
trepó á un balcón, enarbolando el hacha,
y, apartando las llamas con las manos,
se hundió en aquellas olas abrasadas,
mientras que, presa de mortal angustia,
la gente de la calle lo miraba,
con ese horror indefinible y mudo,
que los ojos agranda,
y hace botar la sangre de las venas,
y echa nudos de hierro á la garganta.
No se vé... Tarda mucho... No es posible...
Perece... ¡No hay remedio!.. Cuanto tarda...
No sale... ¿Qué es aquélla? Aquella sombra
que se ha movido ahora entre las llamas...
¡Es él!... ¡Pero está ardiendo!... ¡No! ¡es el
[traje!...
¡Pronto!... ¡Pronto!... ¡Salvadlos, Virgen
[Santa!

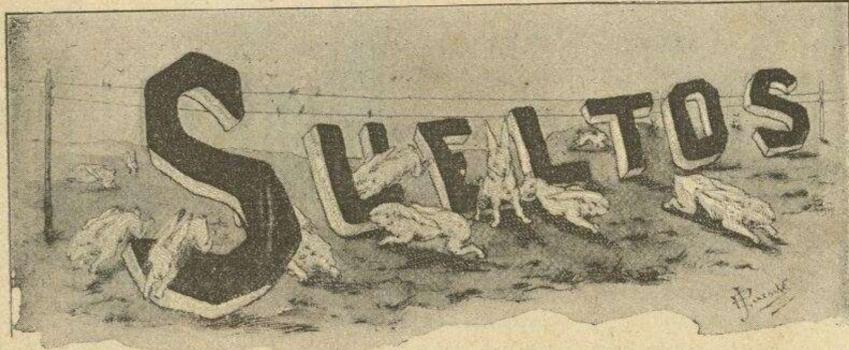
¡Es él!... ¡y lleva en brazos á la niña!...
¡Está salvada al fin!... ¡Está salvada!...
y... nunca, de alegría, se han llorado
en una noche sola, tantas lágrimas.
Curaron al buen Juan, y lo llevaron,
entre amigos y extraños, á su casa;
abrazó á su mujer, dió un beso á su hijo,
y aunque un dolor cruel le atormentaba,
se durmió, y fué feliz soñando, el pobre,
que á su hijo, en un incendio, lo salvaban.

III

Juan murió... (por supuesto, no de aquello)
después de mucho tiempo, y en su cama,
y le siguió la esposa, y ¡claro! el hijo
anda por esas calles y esas plazas,
viviendo de limosna, mientras llega
el tiempo de ser hombre, si trabaja.

Ayer, sin conocer á aquella niña
que su padre salvó de aquellas llamas,
(y es ahora una mujer que arrastra coches
y luce joyas y pasea galas),
al quererle pedir una limosna,
tendió la mano, y le rozó la falda,
y dijo ella, apartándose con asco:
—¡Cuanto pobre! ¡Que gente más pesada!

MARCIAL DE LOS RIOS



Por un descuido del dibujante, la copia del hermoso cuadro «El gran día de Gerona», que dimos en el número antepasado, apareció sin la firma del autor de dicho cuadro D. César Alvarez Dumont, que lo es también del «Malasaña y su hija», que hoy reproducimos.

Conocidísimo es del público el ilustre pintor y conocidísimas son sus obras para que la mayoría de los lectores, aun viéndolas sin firmar, no supiera de quien son.

Pero, de todos modos, nosotros cumplimos gustosísimos nuestro deber, dando *al César lo que es del César*.

Se ha fugado una polluela
de Almería... y de su hogar,
yéndose, al pronto, á viajar
con un maestro de escuela.

Caso raro, aunque, á mi ver,
enseguida está explicado:
¡El hambre, que se ha juntado
con las ganas de comer!

¡Anda, morena!

¡Pues no resulta ahora que el suculento moka que con tanta fruición hemos estado saboreando tanto tiempo, deleitándonos con su incomparable aroma, es un engrudo, elaborado con... una porción de cosas, patente de invención inclusive, según noticias?

Y yo que creía que... ¡vamos, hombre!

¡Y luego dicen que el *café que les gusta á los hombres, caracolillo!*

¡Chufas en vinagre, caracoles!

Telegrama recibido
por el cable de Valencia:
El maestro, sigue cortándose
pelo por pelo, la trenza;
pero ya no se los traga,
como el empezar la brega.
¡Lo que se traga, es un carro
de paquetes de pesetas!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Querida *Madrid*. Gracias por sus ofrecimientos. No pagamos más original que el que encargamos nosotros.

I. I. *Tortosa*. Yo no sé si eso, en *Tortosa*...

Pero aquí es poquita cosa.

Mefistófeles. Aprovecharé una.

R. del Mar. ¡Vive Cristo!... ¿Con que esta vez le ha tocado la china al *dos de Mayo*? Seamos patriotas, pero... ¡no tanto!...

T. T. *Valencia*. Hermosa letra... ¡Lástima de composición!

R. M. M. *Paris*. La explicación esa de *la dansa serpentina*, como Vd. dice, no nos satisface, y, con perdón, la juzgamos tan innecesaria como el gorro de dormir, en verano.

Mercedes. Señorita: Si lo fuera Vd. (que lo dudo), yo me permitiría aconsejarle que se dedicara V. á las faenas propias del sexo. ¡Están Vdes. más hermosas hilando!...

(Quedan más cartas por contestar.)

(1) Lo mismo sucede con algunas Ilustraciones extranjeras, por ejemplo, La Francesa y La Italiana.



1 De niña vendió cerillas la aprendiz de mujer; porque, cuando son chiquillas, ¿que diablos han de vender?



2 Mayor y mejor de ropa, se dedicó a otro negocio, buscando a diario algún socio entre la clase de tropa.



3 Dejó luego las sandeces del amor, ¡juego de chicos! y se murió cien mil veces por la mar de viejos ricos.



4 Subió como humo después, y tanto y tanto subió, que hasta se paseó en landó junto con su galgo inglés.



5 Después... pues... después del mal, a tocar las consecuencias, y a vender Correspondencias camino del hospital!

PIANOS

NACIONALES Y EXTRANJEROS

de las mas

AFAMADAS MARCAS



SELECTO SURTIDO



exposición permanente de dichos

instrumentos,

GARANTIDOS POR

10 AÑOS



112 DUROS SEMANALES!!

PIANOS SUPERIORES PARA ALQUILAR

AFINACIONES, CAMBIOS Y REPARACIONES

En los grandes y acreditados
ALMACENES Y SALONES
DE

R. MARISTANY

PLAZA CATALUÑA, 12 y 14

CASA DE CONFIANZA



VENTAS AL CONTADO

A PRECIOS BARATÍSIMOS

y a plazos

SIN FIADOR

VERMOUHT UNIVERSAL

MANSIÓ

PREMIADO EN TODAS LAS EXPOSICIONES

FABRICA EN SANS

CALLE DE COLÓN, N.º 88

Depositaris Exclusivos en España
DE LOS ACEITES,
GRASAS y desincrustantes
MARCA FENIX
Correas, Empaquetaduras, Gomas
Algodones, Amiantos, etc.

BUSQUETS Y TORRA

Importación directa de aceites minerales
de Rusia y América

BILBAO, BAILEN. 1º
—(Teléfono n.º 638)—

PLUMA Y LAPIZ

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO

SE PUBLICA LOS JUEVES

SUSCRIPCIONES

Barcelona..	trimestre	2	Pesetas
Provincias..	semestre	4	
Ultramar y extranjero..	un año	13	

TODOS LOS PAGOS POR ADELANTADO

CORRESPONSAL EN MADRID
para la venta de números corrientes y atrasados
D. ANTONIO FERNANDEZ. — MAYOR, 2 y 4

Se admiten anuncios para este periódico